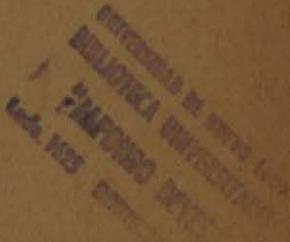

EL 27 DE SETIEMBRE DE 1821.

ODA A MI PATRIA.

Dedicada al Liceo Hidalgo, en testimonio de profunda estimacion y cariño.

Brote la vida en tí, Patria adorada,
Y surge en el espacio vencedora,
Desgarrando las sombras con tu aurora,
Alzándote fulgente
Con tu divino cielo como manto,
Con el sol como joya de tu frente.
¡Gran Dios! ¡Gran Dios! que el júbilo no rompa
Mi amante corazon; vuela mi canto
Entre efluvios de luz y de armonía,
Conduciendo en las alas de la gloria
Tu nombre á las naciones,
Tu nombre, ¡oh Patria mia!
Como timbre de orgullo de los libres,
Como esperanza y como luz de dia!
Luchar, alzarse, destrozarse valiente



La losa de la tumba preparada
 A su sér inmortal, la negra sombra
 Ostentar á sus piés despedazada,
 Y elevarse potente
 El pueblo independiente
 En el éter divino, victorioso,
 Exclamando triunfal: "¡PATRIA ADORADA!
 "NACE Á LA LIBERTAD, SÁL DE LA NADA!"
 Es el sublime espléndido inundando
 Con la luz de la vida el infinito,
 Hacer triunfar la luminosa idea
 Que fué por tempestades combatida;
 Es que la humanidad envilecida
 En lo invencible del progreso crea!

Tal se presenta á mi agitada mente
 La inmensa creacion: en negra noche
 Los átomos vagaban confundidos;
 Los contempló el Señor, y como nube
 Que produce el relámpago y el trueno,
 Dejó volar la vida de su seno.

Se hizo la luz; las ondas bullidoras
 Prorumpieron en cánticos vibrantes;
 Surgian del arco-íris los colores
 Y se posaban en las gayas flores;
 La ave el canto; la púrpura su llama,
 Sensual la yerba, plácida la rama;
 El cristalino arroyo en su murmullo;
 La tórtola en su arrullo;

En requiebros de amores la paloma;
 El ámbar de topacio,
 Como incienso vertiendo en el espacio
 Su delicioso aroma,
 Eran como un hosanna de alegría
 Que el balbutir del mundo producía!
 El vellon de oro del fugaz celaje,
 El sol con pompa, nítida la estrella,
 Formando como lúcida guirnalda,
 Volaron gratos á besar la huella
 Del Hacedor bendito,
 En tanto que la sombra de su espalda
 Inundaba de luz el infinito!

Y luego, al rebramar los aquilones,
 Al retumbar horrísono el torrente,
 Al rugir el leon y la pantera
 Al mirar junto á Dios apareciendo
 Algo maravilloso y estupendo
 Más donosa que el bosque y la pradera,
 Más gallarda que el monte y los volcanes,
 Más sublime que el astro refulgente,
 Del hombre, hijo de Dios, se alzó la frente.
 "Vive—dijo el Señor—vive y pasea
 "Tu mirada en el mundo como dueño;
 "Ahuyenta la tiniebla, ensalza el dia,
 "Ya que te otorgo con amor ardiente
 "El talento cual fuerza omnipotente,
 "La libertad y la razon por guía."

Así el hombre nació: cuando rebelde
 Tuerce un tirano su feliz destino,
 Puede allanar la suerte su camino,
 Puede usurpar sus timbres á la gloria,
 Puede del despotismo
 Pisar audaz la cima dominante;
 Pero un vaiven, un soplo, un solo instante
 Le hundirá en el abismo,
 Y en el fango sangriento, con la vida,
 Sepultará la frente maldecida.

Ese pujante acero
 Con que pretende el déspota altanero
 En su delirio estúpido, las luces
 Ocultarnos del bien, ciega sus ojos;
 Y en su reverso, plancha refulgente,
 Reverbera la llama,
 La aclara indeficiente,
 Y empuja poderosa sus destellos
 En vibraciones ígneas y brillantes,
 A regiones distantes!

¡Oh Patria! ¡oh Patria! en tu porfiada lucha
 Gritó venganza el hambre y el gemido:
 Aire pidió el esclavo, en la mazmorra
 Por los rencores de su dueño hundido;
 Luz el que al antro disputaba el oro
 Urgido por el ávido magnate:
 Y la pútrida llaga y el harapo
 Que engendraron el látigo y el yugo,

Clamaron contra el prócer y el verdugo!
 Esa sangre, esas lágrimas, el ascua
 Que estampaba su beso traicionero
 Con los labios hipócritas del clero
 Sobre la carne viva,
 ¿Fueron dones de hermanos,
 Sembraron palmas, y laurel y oliva,
 O despertaron el luchar sangriento
 De pueblos oprimidos y tiranos?
 Y no era España, no; ¿quién no recuerda
 Gran Isabel, tu maternal ternura?
 ¿Quién no te mira en brazos de la muerte
 Anhelando del indio la ventura?
 ¿Quién olvida del fraile primitivo
 La ardiente caridad, cuando sublime
 Empuñando la cruz se interponía
 Entre vencido y vencedor sangriento,
 Dominaba la fuerza y la matanza,
 Y como á su hijo al indio protegía
 Con resuelta hidalguía,
 A la vez de mostrarle en lontananza
 Su cristiana enseñanza
 Una patria de amor, un lindo cielo
 De amparo y de consuelo,
 De ventura inmortal y bienandanza!
 ¿Quién no te adora, ¡oh Casas! fatigando
 Los anchos mares con afán ardiente,
 Con fe indomable, con entero pecho,

Pidiendo para el indio desvalido
 Los fueros sacrosantos del derecho?
 ¿Quién ha olvidado de piadosos Reyes
 Los nobles actos y las sábias leyes?
 No era la España, no; la tiranía
 No tiene patria. La insaciable hoguera
 Que la barbarie estúpida atizaba
 Al gemir en sus llamas Galileo,
 Que á Juana de Arco invicta calcinaba,
 Era en España la espantosa hoguera
 Que de fuego sus sierpes retorcia
 Y alumbraban el lúgubre recinto
 Del vástago feroz de Cárlos Quinto!
 No; los hijos del Cid, los de Pelayo,
 Los que alzaron la Cruz sobre Granada
 Combatiendo á los bravos Almanzores,
 No pueden ensalzar á Torquemada
 Ni odiar á los caudillos de Dolores!!
 Tiemble el reptil, el fango se conmueva,
 Vista la fiebre pavoroso duelo,
 La infeccion pestilente
 Gima con la pureza del ambiente,
 El claro sol y el despejado cielo!
 Pero el amor, el bien, los soberanos
 Fueros del hombre Rey, hosannas canten,
 Y derramando llanto de ternura,
 Alcen á Dios las reverentes manos.
 Espartaco, del Sílaro en las ondas,

John Bull sobre la playa de los mares,
 Washington inmortal entre los hielos,
 Walter en su muralla de montañas,
 Pelayo de la Asturia en las entrañas,
 Atravesando los desiertos Juárez
 Y Cristo en su patíbulo sublime,
 Serán signo propicio
 Del grande, del excelso sacrificio
 Que bendice el derecho y que redime!!
 Suele el fuego que abriga en sus entrañas
 La yerma tierra, conmovirse hirviente,
 Romper su dique; en negros borbotones
 Alzarse fiero, producir la llama,
 Del alto monte desgarrar el seno,
 Y gemebundo, en ponderoso trueno,
 Hender las rocas, vomitar torrentes
 De lava destructora;
 Y la tierra infeliz estremecida
 Bamboleando cual ébria, moribunda,
 En hondas convulsiones
 Llena de horror abandonar la vida!
 Pasó el terror; la tierra conmovida
 Allanó el paso á límpidos raudales
 Que en puros y fecundos manantiales
 Llevan el gozo en su corriente amiga;
 Del labrador la dicha y la riqueza,
 Del verjel la frescura y los matices,
 La sombra que consuela en la fatiga,

La almibarada azúcar, la abundosa
 Vid, y los frutos y las lindas flores,
 El gozo de inocentes labradores,
 Y la riqueza en la campiña hermosa.
 ¡Cómo en las quiebras que formó la lava
 Las palmas nacen y las milpas crecen!
 ¡Cómo do triste el arenal dormía,
 Los ganados alegres se solazan
 Junto de los rosales que florecen!
 ¡Cómo al pié del ingrato lomerío
 Gira, dulces rumores esparciendo,
 En su ancho cauce el cristalino río!
 Y cómo los garzones y las bellas
 Corren á ver, saltando entre los surcos,
 De la diáfana fuente los cristales
 Bullendo alegres, copos engendrando
 De blanquísima espuma
 Que salpica los verdes carrizales;
 Ellos pidiendo amor, ellas amando
 Al dar suspiros á las mansas brisas,
 De pasión embriagando sus sonrisas,
 En pasión y en deleite rebosando!
 Así, ¡oh Patria! te ví, tras larga prueba
 De dolor, de tormento, de martirio,
 Al ceñirte en sus brazos la ventura
 Y embriagarte del júbilo el delirio!
 En olas de relámpagos fulgentes
 El contento cundía

Electrizando á las felices gentes,
 Tempestades forjando la alegría!!
 Era la infancia con sus mil hechizos,
 La juventud entre sus rayos de oro,
 La beldad pura de flotantes rizos,
 Y el pueblo con su enseña por tesoro,
 De inefable placer vertiendo lloro!
 De mano en mano la dorada copa
 Del contento corria rebosante;
 Ni un adusto semblante,
 Ni sombra de rencor. Como en tumulto
 “¡Hosanna!” se escuchaba; himnos vertía
 El templo del Señor; en las alturas
 Los bronce ensalzaban las venturas
 Al feliz manumiso prometidas;
 Y la flor, y la llama, y el incienso,
 Y en los espacios, lienzos y banderas
 Se agitaban, flotando conmovidas
 Del regocijo inmenso!
 La ventura es el bien; cuando en las olas
 Del pueblo, sus grandezas esparcía,
 De esplendores divinos le vestía,
 Y al pasado de duelo sumergía,
 Por su propia pujanza enaltecido,
 Grande y potente, en generoso olvido!!
 La ventura es amor, cuando sus dones
 Descienden como lluvia bienhechora
 Que en puro rosicler tiñe la aurora,

Acaricia los árboles gigantes,
 En la marchita yerba infunde vida,
 Y al insecto que espira, imperceptible,
 De dolor retorciéndose en el suelo,
 Le amamanta y le otorga su consuelo
 En la linfa apacible.

Odiar! decid ¿á quién? que odie el esclavo:
 ¿Vengar? ¿Pues no es venganza
 Tanto raudal de bien, tanta esperanza,
 Que impere Hidalgo y que se adore en Bravo?

Venid á mí, mis héroes, que sedientos
 Quieren besar mis labios esas frentes;
 Venid, pueblo, y troquemos en altares
 Con amor sus patíbulos sangrientos!
 ¿Fué su ambicion el deslumbrante mando?
 ¿Fué su aspirar la púrpura y el oro?
 Fué luchar por tu bien, Patria adorada,
 Desafiando las iras de la suerte,
 Dejando la existencia abandonada
 En manos de la afrenta y de la muerte!

¿Qué quiere ese tropel medio desnudo
 Que se acerca salvaje,
 Que huella el trono, que profana el templo
 Con férvido coraje?

¿Que al noble, al sacerdote y al soldado
 Se lanza irreverente en su despecho,
 Se reune, y desangrándose y deshecho,
 Pide para las castas oprimidas

La libertad sagrada y el derecho?

“¡Atrás, canalla vil!” Y esa canalla
 Que ignorada moria,
 Con su instinto sublime conquistaba
 Tu ser y tu renombre, Patria mia!
 ¡Cuántas acerbos lágrimas y sangre
 Hicieron rebosar el hondo cáliz
 Que apuraba la infanda tiranía,
 Donde al Supremo Sér se calumniaba,
 Y la muerte imperaba,
 Coronada de pámpano, en la orgía!

Y esos hombres que adoran la canalla,
 Esos que escupe el templo, que maldice
 Lo que llama el pasado la decencia,
 Esos, justicia é igualdad pregonan,
 Y esos, en nombre de la *vil canalla*
 Olvidan sus afrentas y perdonan!

Y perdonabas tú, pueblo glorioso,
 Porque feliz y grande te sentias;
 Te animaba tu espíritu potente,
 Y al bendecir dichoso tu destino,
 El gozo que á torrentes despedias
 Circundaba magnífico la frente
 Del hermoso caudillo independiente
 De las Tres Garantías!

Ese nacer divino, esa victoria
 Que en la bandera mexicana vive,
 Piedad para Iturbide nos reclama,

Piedad para su historia;
 Y ya que no la inexorable Fama,
 Que indulte la indulgencia su memoria!

Responde, pueblo incauto, ¿no mirabas
 Al confin de tu cielo de zafiro,
 Sus alas agitar las tempestades,
 Y sangre, y ambiciones y maldades
 Encadenar de tu ventura el giro?

Vivir era vencer. Alzar fulgente
 Como antorcha, de Iguala la bandera,
 Era triunfar. La Libertad querida
 Es lanza, escudo, y salvacion y vida
 Cuando en el pueblo soberano impera.
 Se alzarán la ambicion; de entre cenizas
 La espada exhumarán como trofeo,
 Remedará el orgullo y el arreo
 Del soldado del trono maldecido;
 Mas serán impotentes sus rigores
 Para hundir en desprecio y en olvido
 Los recuerdos de Iguala y de Dolores!

Las clases, con su farsa explotadora
 Serán cual Polchinelas, desertores
 Del Carnaval y de su impura orgía,
 Convertidos en burla por la aurora
 Bajo el suplicio de la luz del día.

Deja, ¡oh mi Patria! que á tu cuna llegue,
 Déjame que tus piés bese de hinojos,
 Que como óleo los unja mi contento

Miéntras la luz me baña de tus ojos
 Y empapas con tu aliento
 Y animas con tus gracias celestiales,
 En la lira preciada que me diste,
 Cánticos inmortales.

Deja que beba con mi labio amante
 La nieve immaculada de tu cuello,
 Miéntras jugando besan mi semblante
 Las hebras de tu espléndido cabello.

Deja, si eres feliz, que mire oscuro
 Tu pompa merecida y tu grandeza,
 Y deja, si te hiere el infortunio,
 ¡Oh mi Patria querida!

Que á tu lado te sirva reverente,
 Que te entregue los restos de mi vida;
 Que hagas del corazon que te idolatra
 Cabezal preferido de tu frente,
 Y alivien amorosas tu quebranto
 En tus horas de duelo,
 Las notas de dulcísimo consuelo
 Y de esperanza de mi tierno canto!

¡Pueblo! luz de mi sér! fe en tu destino;
 Cultiva tus instintos soberanos,
 Y cegarás con cráneos de tiranos
 Los abismos que obstruyan tu camino!

GUILLERMO PRIETO.

DOS PALABRAS DEL AUTOR DEL ROMANCERO.

Excitar el amor á la Patria y la veneracion de nuestros héroes; reivindicar su memoria, contemplada hasta ahora al través del fanatismo, de las preocupaciones de una educacion servil y de los intereses creados por las clases privilegiadas; vulgarizar y robustecer los sentimientos de independencía y fe, en el pueblo: tales fueron los móviles y las aspiraciones que tuvo mi corazón al emprender este Romancero, que despues de laboriosísimo trabajo ve ahora la luz pública.

Sabios españoles se encargaron de poner de manifiesto la desastrosa dominacion de las casas de Austria y de Borbon, que nos rigieron, con poco acierto, salvas determinadas excepciones, durante la época vireínal. Esos escritores demuestran, *que el mal gobierno* fué la causa determinante de la independencía de las Américas. Puesto que los males que produjo el sistema español fueron tan funestos á España como á nosotros, no hay motivo de inculpacion, pero sí lo hubo de malestar y descontento, que por la naturaleza de las cosas se manifestó de un modo allende, y del otro aguende los mares.

La tradicion histórica tenia marcadas distintamente tres secciones de poblacion que crearon tres elementos constitutivos en lo que se llamó la Nueva España.

El colonial, el mixto, el indígena. Y aunque parecen fundidos esos elementos en unos mismos intereses, los tenían contrapuestos ó heterogéneos, sin unidad y sin concierto sólido.

El elemento colonial de conquista y dominio, de explotación y codicia, era un trasplante netamente español, al que se refería su modo de ser.

El mestizo, ni era español ni indígena: era producto del español, que descendía y se desnaturalizaba, y del indio, que ingresaba á la civilización. Era *sui generis*; y así como de la mezcla del ácido y el carbonato resulta otra sustancia, que no es ni lo uno ni lo otro, el *mestizo* fué cosa muy distinta del indio y del español.

El indio, dígame lo que se quiera de sus grandezas históricas y de su importancia, quedó en su conjunto abyecto, semisalvaje, y explotable por colonos y mestizos.

Los colonos estuvieron constantemente sujetos á tres influencias: la conquistadora, la clerical, y la que nacía del poder civil.

Cada vez que una de ellas preponderaba, las otras se aliaban para moderarla ó destruirla, y de ahí los vaivenes que se notan en nuestra historia.

El mestizo, aunque excluido de los negocios, se civilizaba en estas luchas, se robustecía, y desarrollaba sus instintos de libertad y emancipación, haciendo sus instrumentos á los oprimidos para conquistar el derecho.

Vínculo común en todas estas divergencias era el elemento religioso, que inmaculado en su principio, independiente y sublime, fué personificado en el fraile, emblema y égida de la civilización. Pero este elemento, corrompido por la riqueza y la intriga política, ajustaba alianzas opresoras, constituyéndose en poder decisivo, por entrometerse, con el prestigio de la creencia, en las cuestiones mundanales.

Excluidos los criollos de los negocios públicos, esclavizados en el trabajo, desheredados por la conquista, se acercaron al indio, con quien tenían más contacto, y era común su resentimiento contra la dominación extraña.

Los elementos de rebelión que acumularon tres siglos, es-

tallaron y fueron acaudillados por los no participantes en los beneficios de los colonos que tenían el poder, las altas dignidades del clero, las fuentes todas de riqueza, el sér común, digámoslo así, con el mundo civilizado.

El mestizo sublevado quería su regeneración por sentimiento, por instinto, por aspiraciones bruscas y no razonadas de libertad y de derecho; y los que podían razonar y hacer doctrina y dogma lo benéfico y trascendental de los instintos, tuvieron que amoldarse á lo que podía querer y comprender la masa semi-bruta que los auxiliaba, no porque era lo bueno, sino porque era lo posible para llegar al fin.

Había hombres sensibles y profundos pensadores, que anhelaban por una reorganización benéfica y conciliadora. Pero urgidos entre los fueros intolerantes de las clases privilegiadas y las aspiraciones de los criollos, se ocultaban para atizar en secreto y por interpósitas manos, las pasiones y los resentimientos que se desarrollaban desordenados.

La revolución francesa, con las mil voces de sus predicaciones terribles, daba fórmula á aquellos instintos, y esas fórmulas, aceptadas por unos cuantos, descendían exagerándose y desfigurándose, hasta las últimas clases.

De esta mezcla nacían los planes de contemporización con el poder establecido, con la proclamación de la religión santa, etc., etc., porque es de tenerse presente que la revolución francesa á nadie alarmó como al clero, y el clero para todos los habitantes de este suelo era el omnipotente y el decisivo.

Como resumen de las anteriores observaciones, las expondrémos en pocas palabras.

El indio, tratado por el *encomendero* desde los primeros días de la conquista, como materia vil y explotable; vilipendiado al extremo de que fué necesaria una declaración papal para que se le contara entre los animales racionales; nominalmente amparado por las Leyes de Indias, dictadas en su beneficio, pero constantemente desobedecidas en la práctica; empleado sin miramientos ni compasión, como simple instrumento para satisfacer una insaciable codicia, encerraba en su pecho, bajo la apa-

riencia de una dócil sumision, un odio profundo á la raza dominadora.

El criollo, aunque en posicion muy superior á la del indio, vivia descontento al verse despreciado de sus mismos padres, considerado en inferior categoría por no ser ya de pura sangre española, excluido por regla general de los altos puestos en la Iglesia y el Estado. Por un instinto inseparable de la naturaleza humana, aspiraba á un nuevo órden de cosas en que le fuese factible ocupar el primer lugar. A la hora de la lucha, bajo el impulso de sentimientos encontrados, se dividió en dos fracciones, de las que una abrazó con ardor la causa de los insurgentes, miéntras la otra sostuvo con no ménos brío la defensa de la metrópoli, hasta que el trascurso del tiempo uniformó la opinion en el sentido de la independencia.

El español de México, infatuado con la creencia de la superioridad de su raza, sin la ventaja de una esmerada educacion ni de una instruccion avanzada, habituado á la dominacion y guiado por el afán de enriquecerse, no se fijó en el abismo que se abria á sus piés, hasta que se vió próximo á caer en él precipitado. Con todos sus elementos combatió la insurreccion, con la que acabó al fin por aliarse, cuando pensó que la emancipacion de la colonia impediria el establecimiento y desarrollo de la libertad proclamada en la madre patria.

En el clero, considerado como clase, hubo dos corrientes distintas. El clero bajo, abatido, falto de influencia en las altas regiones del poder, sin la competente remuneracion; compuesto de los hijos del país, sobre quienes pesaba el menosprecio europeo, se declaró en favor de la independencia con patriótica abnegacion. La decision de los curas fué de suma importancia por el dominio que ejercian sobre sus feligreses. Con su conducta formó contraste la del alto clero, es decir, la de los obispos y cabildos, que por su nacimiento, por sus tendencias aristocráticas, por su espíritu de retroceso, sirvieron de potente apoyo al gobierno colonial.

Justo es advertir que no faltaron excepciones en los puntos mencionados; pero fueron tan raras, que no desvirtúan los ras-

gos fisionómicos que hemos delineado de la sociedad en México al abrirse la memorable éra conocida en nuestra historia con el nombre de "Guerra de insurreccion."

La invasion de Napoleon á España, la formacion de las juntas provinciales, las discusiones sobre la soberanía del pueblo y la Constitucion de 1812, fueron, no doctrinas, sino ejemplos y estímulos urgentes para la independencia; esos antecedentes la determinaron, y la produjeron y consumaron, sin pensarlo, las clases privilegiadas y el clero, en odio á la libertad invocada en España como su salvacion.

La lucha se entabló, teniendo de una parte gentes oscuras, ignorantes, semibárbaras; en una palabra, los instintos del pueblo; y por otra, la tradicion histórica, las clases privilegiadas, los ricos dueños del territorio, y sobre todo, el clero, terrible poder social y político, escudado con su formidable *ad majorem Dei gloriam*, que le aseguraba una preponderancia independiente y le hacia objeto de la adulacion de todos los partidos.

Verificado el rompimiento, la conversacion, el púlpito, la prensa, todos los medios de criterio fueron de españoles ó colonos, y rechazadas por todas las autoridades á porfia, con la Inquisicion á la cabeza, las exiguas publicaciones del Dr. Cos, de Quintana Roo, y de D. Carlos Bustamante en los campos de batalla.

De aquí dependió que se caracterizaran sin contradiccion y secundándolas nosotros, las imposturas de los secuaces de los vireyes; á Hidalgo de vicioso y cruel, á Morelos de matasiete corrompido, á Guerrero de salvaje, á Mina de traidor, á Cos, Correa, Verduzco y otros, de apóstatas infames, y á todos de bandidos, de herejes, y de dignos de la execracion universal.

Los historiadores más eminentes, como Zavala y Mora, al hablar de nuestros héroes, dicen que hubieran obrado de tal ó cual manera acomodada á nuestro sentir y á nuestros conocimientos de hoy, sin tener en cuenta ni sus circunstancias, ni los elementos propios, ni las preocupaciones ó caprichos de las chusmas de que dependian, y de las que tenian que hacerse ecos, so pena de sucumbir.

Con tales datos críticos han sido juzgados los escritores que